

3. El que en mi análisis de la oración castellana con verbo finito no pueda aceptar las construcciones nominales con su definición tradicional, la combinación solidaria (exocéntrica) de dos unidades, tiene que ver con la reducción de las relaciones sintácticas a una sola relación básica: la subordinación. Al evaluar los pros y contras de esta reducción hay que tener en cuenta la simplificación que supone contar con una sola relación sintáctica como punto de partida.

4. Si los morfemas de infinitivo, gerundio y participio se consideran flexivos (y no derivativos) es necesario darles una categoría de la que participe al mismo tiempo el verbo finito (cf. Knud Togeby: *Structure immanente de la langue française*, p. 224). Los sincretismos en el paradigma verbal no deben asustar, porque postular una categoría sincretizada (el modo del infinitivo, por ejemplo) no es otra cosa que postular la compatibilidad general de la forma sincretizada con unidades que regirían un miembro específico de la categoría en la forma no sincretizada (*quiero venir y sabe trabajar, pero quiero que vengan >< sabe que trabajan*). Puede que el gerundio sea incompatible con complementos temporales que pidan el aspecto perfectivo y entonces el gerundio no tiene la categoría de aspecto sincretizada sino en forma defectiva, siempre con el aspecto imperfectivo.

5. El significado aspectual de *hacer* es muy difícil de captar aisladamente, porque se trata del proverbo por excelencia del castellano. Admito, por consiguiente, que la preferencia estadística de la raíz verbal respecto de uno de los aspectos no dice mucho en el caso de *hacer*, pero me parece que otro ejemplo en contra de la intuición semántica hubiera sido mejor. También es verdad que el significado aspectual de una raíz verbal (la figura aspectual) no es sino el comienzo de la descripción del contenido aspectual global de una frase o de un texto. Pero esta figura, por difícil de fijar que sea, pertenece al juego combinatorio del resultado semántico total. Y en este proceso mantengo que la afinidad semántica entre la figura aspectual de la raíz verbal y un flexivo de aspecto se refleja en la preferencia por uno de los dos aspectos, es decir, el aspecto no marcado de una raíz verbal dada. Me he servido de este indicio para poder entrar en materia y ponerme en condiciones de explicar, luego, la reveladora diferencia entre *pudo escapar* y *podía escapar*, por ejemplo.

Sven Skydsgaard
Copenhague

Ebbe Spang-Hanssen

Escribir una obra de 1300 páginas sobre el infinitivo español puede parecer un tanto desproporcionado. Pero, a pesar de sus miles de ejemplos, el libro no tiene nada de un estudio pedante o aburrido. En cada página se ve que es un libro escrito con pasión, lo que se explica por la concepción eminentemente dramática que tiene Sven Skydsgaard de la lengua. Según él, las palabras tienen valencias, es decir posibilidades para asir y liar a ellas otras palabras de ciertos tipos. Muchas palabras se parecen así a arañas que procuran capturar en sus redes a animales más pequeños, y esta visión hace concebir la frase española como un lugar de lucha o de colaboración entre sus elementos.

El estudio trata, por añadidura, de la lucha entre los elementos más dinámicos de la frase, es decir los verbos. El problema del infinitivo no se ve, en este libro, sólo como el problema del uso correcto de una de las muchas formas verbales, sino también, y por encima de todo, como

un aspecto del mecanismo importantísimo de la lengua que permite incorporar una oración a otra oración. Cuando la oración subordinada tiene la forma de una verdadera oración, hay una conjunción que separa, hasta cierto grado, los campos respectivos de los dos verbos. Pero cuando desaparece la conjunción, y cuando la subordinada toma la forma de una oración infinitiva, es difícil evitar el conflicto entre el infinitivo y el verbo de la oración matriz. En esta situación no aparece claro, muy a menudo, a qué verbo pertenecen los complementos puesto que los complementos del infinitivo se pueden colocar antes del verbo finito: *lo puedo hacer*. Hay como una lucha de influencias entre los verbos. Y hay colaboración también, porque el sujeto del infinitivo frecuentemente es el sujeto mismo del verbo finito.

Esta es la situación muy confusa que quiere elucidar Sven Skydsgaard. Su método no es el del gramático transformacionista que parte de una oración sencilla, hipotética, que poco a poco va complicando. Sven Skydsgaard es un estructuralista que observa los textos complejos muy reales, en los que procura distinguir ciertos tipos fundamentales de combinaciones. Establece nueve cadenas verbales, es decir nueve combinaciones fundamentales con verbo finito e infinitivo, y en cada una hace preguntas, como por ejemplo: ¿Qué verbos pueden entrar en esta combinación? ¿Dónde se halla el sujeto del infinitivo? ¿Cuál es el orden de palabras? ¿Tiene cada uno de los dos verbos sus complementos, o tienen complementos comunes? ¿Están bloqueadas ciertas valencias del infinitivo?

El primer objeto del estudio es ciertamente el de dibujar un mapa del campo de batalla. Sin embargo, Skydsgaard no se contenta con describir, quiere explicar también. Estudiando las posibilidades de conflicto, se interesa muy especialmente por los rasgos que, en cada situación, permiten evitar las ambigüedades. De esta manera logra explicar ciertas reglas, v.g. reglas tocantes a la transposición de los pronombres ligados, por el deseo de obtener una expresión unívoca. Por lo tanto el estructuralismo de Skydsgaard se parece al de Martinet, con su célebre concepto de economía lingüística.

El punto de vista de Skydsgaard es original, porque hay muchos infinitivos sin relación directa con un verbo finito, como ocurre en oraciones elípticas o en complementos preposicionales. No era evidente a priori la utilidad de estudiar sistemáticamente el infinitivo en sus relaciones con un verbo finito - como miembro de una cadena verbal - en la terminología de Skydsgaard. Pero los resultados justifican el método adoptado. Son interesantes y útiles las largas listas que muestran las posibilidades combinatorias de los diferentes verbos. Igualmente se puede decir de las numerosas observaciones sobre el orden de palabras, especialmente sobre el lugar de los pronombres ligados, de los adverbios e incluso de los complementos sustantivos en las cadenas verbales. Sobre todo, el estudio sistemático de las relaciones entre el infinitivo y el verbo comprende forzosamente una exposición del problema del sujeto del infinitivo.

Con sus grandes valores, el libro de Sven Skydsgaard tiene también aspectos criticables o, por lo menos, discutibles. Es un libro de lectura bastante difícil a causa de la terminología empleada. Las definiciones de las funciones gramaticales no son las tradicionales. Según Skydsgaard, la oración española no tiene más que cuatro unidades sintácticas: el verbo, el sujeto, el objeto y el complemento. El objeto comprende no sólo el objeto tradicional sino también el dativo (objeto indirecto) y el atributo sustantivo tradicionales. El término dativo está reservado de forma muy original, a una categoría morfológica: el pronombre *le* siempre es considerado como un dativo. La clase de los objetos se subdivide en dos: los objetos directos y los indirectos. Pero solamente se distingue entre ambos cuando hay dos objetos en la misma oración. Nunca podemos tener un objeto indirecto, si no tenemos un objeto directo.

La distinción entre el acusativo y el dativo ha sido siempre difícil en español, pero me parece

tipo. La lista de las páginas 93 a 101 indica que *aceptar* y *planear* forman cadenas del mismo tipo.

El concepto de cadena verbal es una generalización de la construcción del verbo modal seguido por un infinitivo. Skydsgaard extiende enormemente el sentido de la expresión verbo auxiliar, haciendo así entrar muchos verbos en la categoría de los verbos que se unen estrechamente con un verbo infinito. Define así (p. 107) el verbo auxiliar: «Si el V' (el verbo finito) dirige la orientación del infinitivo de una cadena es un verbo auxiliar». Así *aceptar* y *planear* son verbos auxiliares. Lo importante es que esto no es únicamente un problema de definiciones. La noción de auxiliar conserva parte de su antiguo valor, para el lector, e incluso para Skydsgaard, ya que habla de verbos más o menos auxiliares, es decir más o menos fuertemente unidos al verbo infinito. La noción de auxiliar puede inducirnos a aceptar como verbos fuertemente unidos al verbo infinito todos los verbos que cumplen con la nueva definición. Me parece un poco peligroso establecer *puedo vivir* como tipo fundamental de la relación entre verbo finito y verbo infinito, dado que siete verbos en total se construyen como *poder*. Sin embargo, como ya queda dicho, con este punto de vista original, Skydsgaard nos ha dado una obra riquísima por su novedad y el gran número de observaciones.

Ebbe Spang-Hanssen
Copenhague

Réponse à Ebbe Spang-Hanssen

Las palabras de Ebbe Spang-Hanssen me dan pie para hacer las siguientes precisiones:

La ventaja de ampliar el inventario de cadenas verbales (se establece una cadena verbal cuando el sintagma de infinitivo toma una valencia fuerte del verbo finito) y el de verbos auxiliares (el verbo auxiliar dirige la orientación del infinitivo, sobre todo su sujeto lógico) está en la posibilidad que se ofrece de este modo de delimitar sintácticamente, dentro del marco de un inventario mayor, el grupo de verbos fuertemente auxiliares. Y mi formalización se sirve precisamente tanto del análisis en que *los dos billetes* es el objeto del infinitivo solo: (*aceptan* o *planean*)(*COMPRAR LOS DOS BILLETES*), como del análisis en que constituye el objeto de la cadena entera: (*suele comprar*)(*los dos billetes*), para destacar la fuerte auxiliaridad de los verbos del último tipo, porque es a este modelo al que se ajustan los rasgos sintácticos de mucha auxiliaridad, por ejemplo la transposición del objeto ligado: *te suele comprar* (*los dos billetes*), donde el análisis posterior del sintagma verbal exige (*te*) (*suele comprar*), frente a *(*te suele*)(*comprar*).

No me parece que la terminología tradicional sea sumamente comprensible para todos los gramáticos y, por consiguiente, he tratado de definir formalmente los términos de manera que ganen univocidad. En esta situación ocurre a veces que un concepto se desvía de su valor tradicional y admito que es molesto, pero como las definiciones formales en general añaden más que quitan he limitado la creación de términos nuevos (definir la pareja directo ~ indirecto unívocamente lleva consigo que sean grados de cohesión sintáctica respecto del verbal y esto dice algo del valor tradicional de la pareja objeto directo ~ objeto indirecto y permite, en busca de regularidades, hablar de complemento directo ~ complemento indirecto